



## El precio de la vida

El precio de una cosa es la cantidad de dinero en que se estima su valor.

Es, pues, lo que se da por un objeto.

A veces, es trigo, patatas, ganado, madera... lo que se da.

Y así fué al principio. Se cambiaban unos productos por otros, hasta que se estableció la moneda como instrumento o intermediario universal.

Cuando un objeto es de gran valor, pagamos mucho por él.

Vale mucho una casa, un campo, un monte, un barco...

Nuestra necesidad, nuestro interés, nuestro cariño... dan también a las cosas un valor grande; un objeto de arte, un recuerdo, una cosa antigua tienen para muchos un valor extraordinario.

¿Quién tasará el valor de la salud?

Un enfermo grave da gustoso cuanto sea preciso para recobrar la salud. Interrumpe el ritmo de su vida, toma medicinas, se somete a un régimen duro; privaciones que jamás sospechó las soporta con alegría pensando en su curación; hace viajes, toma baños, gasta cuanto tiene. Y se siente feliz cuando logra curar y ve en el médico a su salvador que le ha dado la vida.

¿Qué valor tienen el derecho, la justicia, el honor, la libertad?

Un abogado que consigue la rehabilitación de una familia, la propiedad, la paz y abundancia ¿con qué se paga?

¿Y la libertad de nuestros hermanos, siempre en el martirio y la agonía de la barbarie roja?

Esos gritos delirantes de alegría desbordada con que se reciben a nuestras victoriosas tropas demuestran que se sienten felices en medio de la desolación, con recobrar la libertad y contemplar nuestra bandera y cantar nuestros himnos y abrazar a los suyos.

¿Y la vida, asiento y base de la salud, de la libertad, del honor, de la virtud...?

Un iracundo la da por un momento de ceguera vengativa.

El vicioso la dilapida en flujo continuo por las cosas más abyectas.

Muchos la pierden o malgastan con una despreocupación insensata, como si fuera una cosa despreciable.

Hay quien en cualquier momento de contrariedad se siente abatido y como abrumado por la carga insostenible de la vida.

Y la vida es un tesoro divino, el principal que debemos a Dios.

Es como una participación de la misma vida de Dios.

Por la vida no somos una piedra.

La vida espiritual nos da esta luz interior que nos llena de luz y nos hace conocer el universo, contemplándolo gozosos, como Dios lo contempla también. Nuestra alma tiene este fuego del corazón que siente la felicidad de amar y verse amado.

Pero sobre todo esto, la vida sobrenatural nos levanta hasta Dios, nos hace hijos suyos, nos da la elevación y protección de la gracia y nos asegura un cielo eterno con El, con la Santísima Virgen nuestra Madre, con los ángeles, con los santos, con nuestros parientes y amigos que nos han precedido y nos aguardan. ¡Qué locura despreciar la vida, malgastarla!

Los santos han sido los más avaros del tiempo, los que han utilizado me-

PAX VOBIS

Año XL Zaragoza, 1 Abril 1938. - El Año Triunfal Núm. 916

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

—000—

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ: General Franco, 1, Almacenes del Portillo.

**SALUDO A FRANCO: ¡ARRIBA ESPAÑA!**



jor la vida. Han dado todos sus placeres, todos sus bienes a cambio de la vida, de la vida verdadera, la vida de la gracia.

Dios ha hecho más.

Nos crió de la nada y nos dió el regalo espléndido de la vida.

Una vida semejante a la suya.

Nos ha elevado al orden sobrenatural.

Luego, cuando la hemos perdido por el pecado, nos ha salvado, *ha dado su vida por la nuestra*; nos ha redimido.

Esa es la estima que Dios tiene de nuestra vida, de nuestra salvación eterna. Ese es el *precio* de nuestra vida.

La vida de Dios.

S. Pablo nos dice: "Habéis sido comprados por gran precio".

Y S. Pedro añade: "No habéis sido comprados por oro o plata, sino por la sangre del Cordero Inmaculado, Jesucristo".

¡Días de la Pasión de Jesús! Días de gratitud, de abnegación renovada!

TOMÁS



## TRIBUNAL BARATO

—¡Macario! ¡¡Macario...!!  
—¡¡Síñor...!!  
—¿Qué es eso? ¿Qué barullo es ese? ¿qué pasa?

—Que vuá estozolar alguno.

—¿Qué pasa, pues?

—Que tenemos demasias modos y crianza pa tratar a esta gentuza; y yo no valgo pa esto. Yo los endrezaría mu pronto. No hay más que valiente estacazo. Así no alantaremos na. ¿Aun no se convencen, con esta guerra? Toa esta gentuza d'izquierdas es lo mismo; poande pasa to lo rompe y lo roba, to l'ompuerca, que son unos marranos...

—¿Pero a qué viene todo esto?

—¿Pues no lo ve usté mismo, el alboroto qui arman? Bien claro está; d'izquierdas, rojos perdidos. A estos espachalos a toos u llamar a la policía y que se los lleve; mal favor que nos har'a, quitanos d'enmedio, esta ponzoña. Por mi ni un minuto hubian estau. ¡Quiá d'estar hombre, quiá d'estar! Pero m'ha dicho usté que no espache a naide y ahí tiene usté lo que sacamos; llenase la casa de bestias, emporcalo to con las patas que train, que no valen más que pa estar en la cuadra... ¿Quién l'había de icir! en este Tribunal, con el siñor Mago, qu'era esto un sagrau, y llenase d'esta gente; refugiaus, prisioneros, evadidos, ¡vaa qué gentecica...! Y usté lo pué pasar mal, si s'enteran; y a mi m'hace usté duelo...!  
—¿Pero cuántas sandeces dices!

No sé cómo te deajo hablar! ¡Diles qu'entren y se acabó!

—¿Pero sabusté...?

—¡Sea quienquiera, que entren!

Uno. —¿Dá usté su premiso...?

Otro. —¿Se pué pasar?

Otro. —¿Se pué pasar?

Otro. —Con su permiso, siñor Mago.

Señor Mago. —¡Adelante, adelante...! Pasad y acomodaós como podáis; no os atropelléis.

Un chico. —¡Animal!, ¡que m'has pisau! ¡bestia!

Una chica. —¡No empentés!

Una anciana. —¡Que m'apretan...!

Señor...! ¡Virgen del Carmen!...

Señor Mago. —¡Silencio, orden!

Una joven. —¡Yo hi llegau antes!

Otra. —Mientes; qu'estaba yo y la Petra.

Señor Mago. —Basta, basta...!

No hace falta este desorden; habéis de entrar con moderación.

¿Y qué os ocurre?

—¡Pues que nos cuente el cuento de los golondrinicos...!

—¡Pero hombre...! ¿Y para eso semejante griterío...?

—¡Que nos lo cuente...!

—¡Basta...!

—¡Que lo cuente...!! ¡¡Que lo cuente...!!

—¡Silencio...!

—¡Siñor Mago! Siempre himos venido pa la Semana Santa a que nos

cuente el cuento de los golondrinicos, y himos venido todos paio; que tenemos "El Macario..." y lo lemos todos en el pueblo; y ahura nos vamos a ir pronto todos al pueblo, que gracias a Dios y a la Virgen Santísima que podamos ir con salú, que todo está deshecho y todo perdido; pero gracias a Dios que podemos gol-ver al pueblo, a nuestra casica, a vivir en paz con nuestra probeza; y himos ido a dispidinos de la Virgen del Pilar, que todo se lo debemos a Ella, que la queremos muchísimo; y después, himos dicho, vamos a ver tamien al Siñor Mago, ya qu'estamos aquí, y que nos cuente el cuento de to los años.

—Bueno, bien; así debíais haber empezado. Me alegro que os portéis como buenos cristianos y os despidáis de la Santísima Virgen. Ciertamente a Ella le debemos la defersa y victoria gloriosa de Aragón. No podéis olvidar nunca que Ella os ha arrancado vuestros pueblos de las garras del comunismo, de las garras del infierno; y ahora, cuando vayáis a vuestros pueblos habéis de estimar más la religión, vivir como buenos cristianos, y no consentir jamás que se ofenda a Dios, ni levantar la cabeza bajo ningún pretexto, el marxismo, ni la lucha de clases, ni el odio, ni la envidia, que son el camino de todos los crímenes que vemos. Es preciso vivir amándonos como Jesús nos ama y esa es la vida verdadera.

—Pierda usté cuidau, que ya estamos bien escarmentaus.

Y ahora, al cuento.

Bien sabéis vosotros que Nuestro Señor Jesucristo es Dios y por tanto es la Bondad infinita. *Pasó por el mundo haciendo bien*, como dice el Evangelio, y embalsamándolo todo con el perfume divino de su presencia, de su vida, de su doctrina y de sus milagros. Cuando se piensa en la época dichosa de la vida pública de Jesús sentimos una envidia santa a aquellos discípulos, a aquellas mujeres, a aquellas muchedumbres que le seguían con una agilidad desconocida, llenas de emoción, anhelantes de santidad, en un ambiente de pureza celestial encantadora.

Por dondequiera que pasaba Jesús se sentía la ráfaga divina que todo lo alumbraba y estremecía. Corría la noticia por los poblados y las casas de campo y sacaban a los enfermos a su paso. ¡Qué espectáculo tan maravilloso! No eran los grandes, los



poderosos, los sabios... Los pobres, los desgraciados, los enfermos, los endemoniados, los pecadores, salían a su encuentro y al pasar Jesús, pasaba la Vida, y los enfermos sentían el vigor de la juventud, y los endemoniados se veían libres de la esclavitud satánica y los pecadores veían en su alma atormentada la paz sedante de la gracia divina.

Por eso acudían a Jesús y le seguían por los caminos y por el mar de Genezaret y por los desiertos. Jesús tenía palabras de vida eterna. Estando con El nada corría prisa, nada interesaba siquiera.

Sin embargo, no todos amaron a Jesús, no todos aprovecharon *aquel tiempo de su visita*.

Lo que atraía jubilosas a las almas sencillas, envenenaba y enfurecía a las almas envidiosas y pervertidas. Los príncipes de los sacerdotes, los saduceos de vida paganizada y fastuosa, los fariseos hipócritas y corruptos, no podían ver que el pueblo se iba todo detrás de Jesús y le aclamaba "Hijo de David". Ya no era sólo el pueblo. La resurrección de Lázaro había arrastrado a muchas familias distinguidas. Le habían visto muerto y ahora comía a la mesa con ellos; continuamente iban y venían a Betania para verlo por sus propios ojos y era el clamoreo de toda la ciudad y del país. Allí estaba Lázaro. ¿Cómo negarlo? Aquello no podía seguir. Había que matar a Lázaro. ¡Y matar también a Jesús!

¿Quién se atrevía? ¿Cómo? ¿Qué haría el pueblo que le adoraba y le aclamaba su rey?

El domingo se desbordó el entusiasmo popular. Cuando lo vieron acercarse al Monte de los Olivos, las multitudes acampadas que se preparaban para la Pascua, estallaban en hosannas que se repetían rodando por los valles y montes. Arrancaron palmas y ramos de olivo y salieron a su encuentro. Jamás presencié Jerusalén cosa semejante. Era el triunfo magnífico de Jesús que todo lo arrollaba y dominaba.

Los fariseos se retiraron avergonzados y furiosos. Aquello no podía seguir; había que cortarlo cuanto antes.

Entre los saduceos figuraba en aquel tiempo Samuel - ben - Menhabí, emparentado con los Boeto, una opulenta familia sacerdotal que con Kaifás y los Kantero monopolizaban los cargos y eran aborrecidas por el pueblo. Su parentesco le había permitido comerciar con los cambios de la moneda del Templo y con los ganados para los sacrificios, obteniendo así cuantiosas riquezas. Dado al lujo y placeres, había viajado mucho y adornado su casa con preciosidades raras del arte griego, egipcio, persa, indio... Y había traído también en su alma todas las novedades extranjeras de la sabiduría gentilica.

De un modo especial le fascinaba penetrar lo futuro, las cosas ocultas y misteriosas, había consultado a magos y hechiceros y estudiaba el curso de los astros y observaba el canto y vuelo de los pájaros, cuyo lenguaje se decía que conocía. Tenía con todo un respeto sagrado tradicional y una estima extraordinaria del Templo y sentía el orgullo nacional al contemplar su arrebatadora magnificencia y las grandes solemnidades religiosas de su pueblo. Cuando vio la popularidad de Jesús, sintió compasión hacia el joven Maestro y temió por El.

«Su mujer, Ana, pensaba de otro modo. Alma sencilla y sensible veía con las intuiciones del corazón. Ella contemplaba con alegría el ascendiente del Maestro y creía, veía su triunfo.

Un día vino a casa más triste. Su mujer le preguntó inquieta. Ya no era lo de Lázaro, ni la entrada triunfal. Su amigo Nicodemo, miembro del Sanhedrín, era también discípulo de Jesús. Le había referido la visita que hizo a Jesús. Su mujer escuchaba embelesada.

Samuel siguió con cierta tristeza: Tú sabes que he estudiado lo futuro y nunca me han engañado los pájaros, que son mensajeros de Dios. Pues bien, leo en ellos presagios muy tristes. No sé lo que va a ocurrir; creo que se avecina una gran catástrofe que no me atrevo a concretar.

¿No has visto esas bandadas de golondrinas alrededor del Templo?

—Todos los días las veo volar, contestó indiferente su mujer. Ya sabes que las Escrituras condenan la hechicería y la superstición.

—Vosotras, siguió Samuel, sois ligeras y superficiales y no penetráis los misterios de las cosas. Hace tres días que vuelan en dobles giros sobre el Templo y especialmente sobre la Cella, sobre el Sancta Sanctorum y se han posado sobre el mismo Templo! ¿Quién ha visto una profanación semejante? Mira desde aquí ese espectáculo grandioso único en el mundo. Mira esas agujas de oro que defienden sus mármoles, para que ni aun las aves lo manchen. ¡Lo han profanado! Es la maldición de Dios.

Y Jesús ha sido condenado a muerte. Tampoco es, pues, el Cristo. Ahora mismo lo llevan a crucificar, en medio del griterío de la chusma. ¡Qué degradación! Los mismos sacerdotes han comprado los testigos. ¡Qué vileza!

Aún pudieron ver a Jesús hacia el Calvario. ¡Qué compasión! Ciertamente era una iniquidad. Jesús era bueno, pero en aquel trance... daba espanto el verle...; Samuel temía la catástrofe de la venganza divina.

Lleno de angustia contemplaba la escena y le vio clavar en la cruz y lo tenía delante, allí cerca entre dos ladrones.

Y vio también aquellas golondrinas del Templo volar sobre Jesús y com-

prendió que aquellos vuelos eran el homenaje que tributaban a su Señor.

Y luego se apagó el sol y la luna, y extendieron las tinieblas un manto de luto y de dolor sobre el universo, y tembló la Tierra y oyeron la voz potente de Jesús que decía: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

Y oyeron también al Centurión que decía: "Verdaderamente éste era el Hijo de Dios".

Entonces Samuel y Ana cayeron de rodillas mirando a Jesús y repitieron: "Verdaderamente Jesús era el Hijo de Dios..."

—¿Ya s'ha acabau?

—¿Y qué hicieron después los golondrinos?

—¡Basta, basta! Ahora a pensar que Jesús es el Hijo de Dios; que le amemos con todo nuestro corazón, sobre todo al recordar en estos días tan grandes su infinita misericordia para con nosotros.

EL MAGO

## Ecos del Sagrario

### Ante el Monumento

Permitidme, Señor, estar en vuestra Presencia Real, aquí, en el Monumento.

Como vuestra Madre Santísima que os recibió en sus brazos y os ungió y llevó al sepulcro.

Como la ardiente arrepentida, la fidelísima María Magdalena.

Como José de Arimatea y Nicodemo.

Como las santas mujeres que quisieron nuevamente ungir vuestro Cuerpo.

Quiero contemplar vuestro *Cuerpo*; la Hostia Santa, la Víctima perpetua del altar, siempre inmoldándose por los pecados de los hombres, siempre muriendo por mí...

En Europa, en América, en la ciudad y en la aldea, en la iglesia y en los campos de batalla, en la paz de las poblaciones liberadas, en las cárceles, en las casas de las poblaciones martirizadas, en todas partes y en todo momento te sacrificas en el altar para nuestra salvación.

¡Y de esa *inmolación incesante* brota la *vida continua* que nos eleva y nos sostiene y nos transforma!

### Ante el Sepulcro vacío

Y tu *sepulcro vacío* nos habla de *vida inmortal*.

En *Él estaba la vida*, nos enseña S. Juan; "Yo soy la resurrección y la vida", dijiste a tus discípulos.

Más fuerte que la muerte... ¡TÚ ERES LA VIDA...!

J. ADELAC



## HA MUERTO D. SEGUNDO CANTERO

Otro gran amigo de D. Juan ha muerto. Se lo ha llevado el Señor y seguramente goza con el maestro el fruto de su vida ejemplar y de sus afanes apostólicos.

Fué de los predilectos de D. Juan, de aquellos primitivos discípulos de las *catacumbas* del Seminario de San Francisco.

Prendado de aquella espiritualidad fuerte y celestial de D. Juan se entregó en sus manos y de él recibió su primera formación. ¡Qué encanto el de aquellas reuniones *clandestinas*, en que se hablaba de Dios con alegría espiritual desconocida. Era una nueva vida. Se encontraban en contacto con lo más selecto de los amigos y se sentían unidos y sostenidos para seguir aquella invasión divina.

De siembra con tanto esmero atendida salieron almas bien templadas que han difundido toda la vida el olor de Cristo en la ciudad y en los pueblos.

De aquella formación sacó también D. Segundo ese espíritu equilibrado, profundamente sacerdotal, que le hizo mensajero de Dios en las múltiples facetas de su alma.

Fué un artista. Desde niño dibujaba con facilidad precoz y en el Seminario hacía dibujos primorosos para los horarios, para la capilla, pintaba para el teatrillo de Navidad y comenzaba su aportación en la prensa. El ECO DE LA CRUZ ha llevado siempre la preciosa y expresiva cabecera, con su Cristo hablando al mundo las palabras de vida; el cuadro del "Tribunal Barato", con la figura mayestática del Mago y la humorística de Macario; la viñeta delicada de los "Ecos del Sagrario", de sentido celestial.

El ECO DE LA CRUZ ha logrado expresar por la pluma artística de don Segundo de un modo exacto la plenitud de su pensamiento espiritual.

Y es que movía su pluma el espíritu sacerdotal. Por eso sus trabajos tenían la factura bella del arte pero eran además una tesis, o una ráfaga luminosa sobrenatural o una evocación bíblica de embeleso.

Eran el complemento, casi la encarnación de las ideas expresadas en el escrito que ilustraban. Su arte era el arte en el más elevado sentido; levantaba hasta Dios.

¡Qué letras capitales tan primorosas! ¡Cómo gozábamos contemplando su acierto, y cómo nos sorprendía la novedad y gracia de su inspiración!

Su labor artística tuvo ocasión de cultivo intenso y depurado en la benemérita revista "Luz y Sombra", también fundada por el maestro, como hermana mayor y expansión natural de EL ECO DE LA CRUZ. Él di-

bujó la portada y casi toda su ilustración que absorbía su tiempo disponible cada semana.

También "El Pilar" ha llevado su firma y otras muchas revistas de fuera.

Una de sus especialidades artísticas eran los pergaminos de homenaje que pintaba con un sabor de riqueza nobiliaria.

Y acierto especial era el que tenía dibujando escudos y sellos. Suyo es el sello de D. Fernando el Católico, autorizado recientemente por el Estado.

La "Revista de los Jueves Eucarísticos", que nació en esta casa, lleva también en su portada un trabajo precioso de orfebrería vieja, en que D. Segundo reprodujo la obra maestra de Juan de Arfe, con esa habilidad con que expresaba la obra del cincel y el desgaste de los siglos. Y suya es también la hermosísima y genial custodia de la Archicofradía, y el diploma de la misma, que parece un trozo del Partenón.

El arte de D. Segundo era sobrio y delicado; era inspirado y traía al espíritu el gusto de lo selecto.

Jamás cayó en las aberraciones bochornosas, toscas e inconcebibles de los vanguardistas y cubistas, que, como ha dicho Hitler con frase genial, "es la manera de encubrir su ineptitud aquellos a quienes Dios ha negado la inspiración".

Ese espíritu de superación y de buen gusto, era en él como el espíritu de su espíritu y lo imprimía en todas sus actividades. Así era su escritura de belleza caligráfica acabada, los ficheros y estadísticas que hacía en la Secretaría de Cámara, todo ordenado, metódico, de una pulcritud admirable.

Y lo mismo era como maestro de la vida espiritual. Hasta la hora de su muerte ha sido el confesor venerado y querido del Colegio de Santa Ana y aún hallaba tiempo para cultivar las almas consagradas a Dios de otras comunidades religiosas y de muchas almas escogidas que se sentían seguras y alentadas bajo su dirección.

Hoy llora su muerte esta gran familia espiritual, que sigue aún bajo su protección afectuosa y paternal.

El ECO DE LA CRUZ pierde su místico intérprete en el arte, colaborador también literario de los días íntimos: pierde a un hermano, a uno de los últimos supervivientes de la familia espiritual de D. Juan. Nos consuelan las palabras de S. Pablo... "et sic semper eum Dómino erimus, Consolámini invicem in verbis istis";...y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos mutuamente con estas palabras.

JUAN DE LA CRUZ

## ADVERTENCIA IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERÁ, PUES, MÁS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Sabemos el interés con que nuestros lectores esperan y leen EL ECO... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los

Suscriptores que atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobreprecio.

Doña Carmen Campoamor, La Coruña; don Serafín Lafuente y don Manuel Ramírez, Villar del Río; doña María Gracia, Zaragoza; doña Dolores Pérez, Valtorres; don Hilario Herrero, Terrer; doña Victorina Adrados, Burgos; Superiora del Colegio de Santa Ana, Allo; doña María Cerdán, Almonacid de la Sierra; doña Pascuala Echeverría, Burguete.

## PARA LAS OBRAS DEL PILAR

Doña Carmen Muñoz, viuda de don Angel Simón, para ayuda de la decoración de una columna, Zaragoza, 250 ptas.; Rvdo. D. Ezequiel Foz, Pbro., Valjunquera, 6 ptas.; don Gregorio Pérez, Saldrás, 2 ptas.; doña María Antonia Navarro, San Sebastián, 1 pta.; doña Josefa Arbiza, Estella, 1 pta.; doña Francisca Landa, Urracel Alto (Navarra), 10 ptas. Total. 270 ptas.

"EL ECO DE LA CRUZ" es un auxiliar del Párroco para la propaganda en la Parroquia, Ayuntamientos, etc.

Tro. Gambón.—Canfranc, 3.—Zaragoza